

MEDUSA

Marisa Barco



Image not found.

Capítulo 1

MEDUSA

Un estigma que acorrala

1

LUNES – Vientos de tormenta

Siempre llegaba tarde pero, aquel lunes, se presentó puntual a su trabajo en la redacción de la revista Revelaciones y apenas saludó. Al verla, todas las miradas se posaron sobre ella y mientras avanzaba por el pasillo, lentamente pero con sobrada firmeza, un silencio profundo que solo dejaba escuchar sus pasos, parecía presagiar un desenlace tan temible como inevitable.

Adela pasó de largo el escritorio desordenado y fue directo a la oficina de su jefe, con un sobre que podía adivinarse, era el material a publicar el martes siguiente. Abrió la puerta con decisión y ahí estaba él, resignando su primer día de licencia, sentado tranquilamente; como esperándola.

Tomás no parecía el mismo. En su cara se había instalado una mezcla de confusión y pesadumbre. Ni bien la vio entrar, abandonó el cómodo sillón y, con los brazos cruzados por detrás, rodeó lentamente el escritorio dando el tiempo para que ella hablara.

Mis cosas fueron cambiadas de lugar y alguien ingresó a mi computadora - irrumpió Adela - y si piensas que esto puede tratarse de una inocente broma entre colegas, te anticipo que no estoy dispuesta a tolerarla. - Ella no se explicaba cómo su amigo, la persona que tenía a cargo el funcionamiento del grupo, había permitido tamaña invasión a su privacidad.

A pesar de la seguridad que siempre transmitía, se notaba en Tomás la incomodidad que le provocaba aquella situación; no creía conveniente explicar que en realidad había sido él mismo quien había hurgado desatinadamente entre sus pertenencias, pero las circunstancias no parecían albergar una alternativa diferente.

El viernes previo, cuando se disponía a abandonar la oficina y mientras efectuaba su recorrida habitual, se había topado, sin proponérselo, con aquella imagen irresistiblemente atractiva en la computadora de Adela. No era la primera vez que se sentía intrigado por lo que ella escribía, pero en esa oportunidad, al encontrarse vacío de otras miradas, solo, frente a la enigmática figura, una curiosidad descontrolada lo había invadido por completo y sin detenerse a pensar, tomó el mouse y... clic. Ya no habría

vuelta atrás.

No sé cómo explicarlo – comenzó, mientras se acomodaba nerviosamente un mechón que le caía sobre la frente – Me sentí provocado por tu descanso de pantalla y sin quererlo, me invadió un deseo irrefrenable por saber qué más había detrás. Me llamó la atención que no hubieses apagado tu ordenador y supuse que tal vez volverías más tarde. Una cosa me llevó a la otra. Primero tus archivos, luego tus cajones, alguna nota, buscando no sabía bien qué, tal vez una respuesta a tu elección, tal vez algo más ¿Por qué me preguntaba, por qué esa ilustración? -

Adela lo interrumpió en seco. Su mirada se había transformado, un rojo aborronado subía de las mejillas a las sienes y una mueca de dureza comenzaba a dibujarse en su cara. No podía creer lo que escuchaba y tampoco cómo había podido ser tan torpe como para haber olvidado apagar el equipo o resguardar mejor su trabajo.

¿Cómo pudiste? – No sabía si se lo decía a Tomás o a ella misma - Se trata de mi privacidad... de mis cosas!!! – gritó - Aún cuando sea material de trabajo, siguen siendo mis archivos y nadie tiene derecho sobre eso... -

Tomó aire. Se sentó. Una calma forzada pareció apoderarse de ella y su mirada se posó en un impreciso punto del piso alfombrado. De golpe, su mente viajó muy lejos de ahí.

Él la miraba sin saber si debía seguir. Creía comprender el porqué de tanta desesperación. Se hizo un silencio.

Adela sólo pensaba en si Tomás habría llegado lo suficientemente lejos como para descubrir su último informe.

2

VIERNES PREVIO - Adela

Era poco más de mediodía y el celular de Adela timbró varias veces hasta que por fin consiguió sacarla de lo que estaba haciendo. ¿Quién podría ser que llamaba con tanta insistencia? - pensó- No tenía nada pendiente que mereciera urgencia y sabía que generalmente las novedades que le interesaban no se producían a esa hora. Además ya tenía casi lista su nota para el próximo número de la revista. Miró la pantalla de su celular; era un número desconocido. Elevó los hombros en un claro gesto de no entender, asumiendo que si era algo importante, volverían a llamar. Al instante, y mientras reflexionaba, volvió a sonar y se sobresaltó con la vibración del celular que aún sostenía entre las manos.

¿Hola? – la voz del otro lado se hizo esperar unos segundos... - ¿Hola? – insistió Adela.

¿Señorita Adela Legacci? – era la voz de una mujer.

Si.

Es indispensable que pase por el Centro Cultural del Palacio San Martín, encontrará algo que estoy segura le interesará. Sería prudente que acuda no antes de las cuatro. Es importante que respete el horario, el Centro cierra a las cinco en punto. No llegue tarde – y colgó.

Hola, hola, ¿Quién habla?..

Adela quedó desconcertada. Sacudió la cabeza como queriendo aclarar sus ideas, casi al mismo tiempo que se preguntaba si se trataría de una broma.

Era viernes por la tarde. Hacía frío y Adela no deseaba abandonar la tibia oficina en la que estaba, mucho menos por una llamada que podía ser solo para molestar. Se sentía muy a gusto en su lugar de trabajo escribiendo crónicas, que era lo que le apasionaba, aunque también era cierto que hacía mucho tiempo que no tenía algo jugoso sobre lo que trabajar y esto, tal vez, podría ser la punta de algo interesante. La intriga comenzaba a invadirla y lentamente se transformaba en ansiedad. Miró el reloj en su muñeca; faltaban poco más de tres horas todavía para el momento que le habían indicado.

Garabateó en un papelito el nombre del lugar y organizó en su mente el trayecto que debería recorrer para llegar al Palacio San Martín. Tomaría el metro que la llevaba hasta la estación Freire, luego un colectivo hasta el barrio Almafuerce, bajaría en la parada de Azcuénaga y Vieytes y de ahí caminaría unas diez cuadras, lo que le demandaría, con suerte, una hora y media. Si el aviso tenía asidero, no le quedaba mucho tiempo.

Ya eran las dos y cuarenta. Se levantó como si un resorte la empujara de su silla y comenzó a juntar sus herramientas: la cámara fotográfica, el mp3 por si tenía que registrar algo que después tuviese que desgrabar, una libreta de notas y por supuesto, su bolígrafo, el que Tomás le había regalado para el día del periodista. No sabía con qué se encontraría, así que no podía olvidar nada. Repasó sus bolsillos, el celular, sus anteojos, sus llaves... estaba todo. El descanso de pantalla había comenzado a funcionar y tenía clave para ser desactivado, así que no era necesario apagar el equipo.

Ya vuelvo – le dijo a sus compañeros de la redacción. Nadie le respondió; todos parecían absortos en sus textos, apurados por terminar la tarea e

irse a casa a disfrutar del fin de semana.

En el trayecto fantaseó cientos de posibilidades. Escudriñó en su memoria intentando reconocer la voz que la había alertado; su imaginación saltaba de una cosa a otra, aunque sin demasiadas respuestas.

Por fin, ya estaba en Freire. Una multitud, que para su ansiedad resultaba interminable, salía del vagón como hormigas de un hormiguero. Quería ir más rápido pero no la dejaban. Eran las tres y cuarto y todavía le faltaba tomar el colectivo que la llevaría al barrio donde se encontraba el Centro Cultural. Tranquila - se dijo - tienes tiempo y lo más probable es que sólo se trate de una sonsera...

El micro dobló por Azcuénaga; un par de cuadras más y se levantaría del asiento para alertar al chofer sobre el final de su viaje.

La puerta doble se abrió y Adela bajó, rápidamente pero con femenina delicadeza; miró el reloj por enésima vez y se tranquilizó, le quedaba sólo caminar las últimas diez cuadras. Mientras, trazaría una estrategia de trabajo. Luego recapacitó que ni siquiera sabía con qué se encontraría y que era su pasión periodística la que no le permitía pensar con claridad. No le importó, una vez allí, improvisaría algo.

*_*_*_*

La imponente puerta de vidrio se alzó intimidante ante ella. No parecía haber mucho movimiento. Avanzó por las escaleras de entrada y con máxima cautela empujó el blindex. Un hall, con mosaicos negros y blancos, dispuestos como en un tablero de damas, era el acceso obligado. En las paredes se podía observar una muestra de óleos en la que aparecían mujeres en escenas de violencia, trabajadas con gusto artístico, pero violentas al fin. Mujeres en situación de calle, angustiadas, dolidas de frío y desamparo; otras, atajando una brutal agresión... Las tenues luces, dispuestas con minuciosa precisión, permitían admirar cada detalle.

Mientras las exploraba tratando de encontrar algo que llamara su atención, alcanzó a ver de soslayo una silueta de espaldas que parecía estar en su misma sintonía; de contextura delgada y altura media, con un abrigo que le llegaba más allá de las rodillas y la capucha tapando su cabellera, se podía adivinar que se trataba de una mujer. Intentó acercársele para preguntar pero antes de que pudiera decir algo, la enigmática desconocida giró rápidamente y sin dejar ver su cara aceleró el paso y, cual espectro, abandonó el lugar.

Sin dar demasiada trascendencia, Adela siguió ensimismada en las pinturas. Se acercó más y observó que todas pertenecían a la misma autora, una mujer que firmaba *Leandra*. Asegurándose de que nadie la viera, consciente de que estaba prohibido, sacó su pequeña cámara y

tomó algunas fotos, prendió su mp3 y registró el episodio con la mujer que acababa de cruzar en el hall.

No podía detenerse demasiado, el espacio cerraría en menos de media hora y aún no alcanzaba a comprender el propósito de la convocatoria. Avanzó hacia la puerta de la izquierda; ya no quedaba nadie. La nueva muestra era de esculturas en metal, sorprendentemente sobre la misma temática: "Mujeres en riesgo", rezaba un cartel en el ingreso al nuevo espacio. Cada obra había sido cuidadosamente concebida y dispuesta sobre una plataforma de vidrio. Los detalles eran impactantes, los moretones transmitían el sufrimiento y las heridas, sangrantes, tentaban a ser palpadas para comprobar su irrealidad. Adela comenzaba a visualizar el hilo conductor de su insólita cita.

Cambió de sala. Ahora estaba rodeada de géneros blancos que colgaban en ondas y tapaban parcialmente el paso. De repente, moviéndose como quien busca una salida, Adela se topó con una escultura realizada en tules de color, tan minuciosamente dispuestos que los contrastes permitían adivinar una figura femenina, de rostro triste y desfigurado; giró y otra escultura en tules; esta vez un brazo de hombre, con el puño cerrado y venas a punto de romper la piel, revelando una fuerza descomunal. Giró nuevamente y aparecieron ante sus ojos más y más obras de arte-vivo. La sensación hiperreal de aquellas expresiones artísticas era cada vez más evidente. Un escalofrío recorrió su cuerpo y comenzó a temer frente a la posibilidad de encontrar algo más inquietante si seguía permaneciendo. Con algo de prudencia por la soledad en la que se encontraba y por lo que pudiera descubrir, decidió pasar al último salón: una habitación pequeña, de cuatro metros de lado, en la que alguna vez había estado cubriendo otro evento y que, bien sabía, se encontraba al final del ala derecha. Avanzó lentamente. El golpeteo de sus tacos sobre el piso de madera imprimía aún más intriga y dramatismo a la situación. Sus latidos se aceleraban a medida que se acercaba a la puerta; no podía negar que sentía miedo.

El último recinto exhibía una muestra fotográfica. Se alivió al no encontrar nada parecido a la muerte, como su imaginación la había hecho fantasear, pero al acercarse para reparar en los detalles se sobresaltó al reconocer a alguien en la primera foto. Miró la siguiente y la que siguió a esa, y la otra y las casi cien imágenes dispuestas prolijamente por todo el salón. En todas se había documentado deliberadamente una escena de brutal violencia protagonizada siempre por la misma persona; las lágrimas comenzaron a desbordar sus ojos, sintió calor en la cara y frío en el cuerpo; no daba crédito a lo que estaba descubriendo, pero no podía dejar de mirar. Advirtió también que en cada una aparecía una víctima, no siempre diferente, cuyo denominador común era ser mujer. Un instante de irreflexiva desesperación la llevó a descolgar todas y cada una de aquellas imágenes; con bronca, con temor, con prisa, deseando estar lo más lejos posible. Metía las fotos de a puñados dentro de su bolso pero

los nervios la hacían moverse con torpeza y algunas se le caían al suelo. Cuando terminó con las últimas reparó en las que se le habían escurrido y, como tratando de limpiar la escena de un crimen, se volvió para juntarlas. Con paso firme se dirigió a la puerta de salida, aterrada con la sola idea de encontrarla cerrada; tomó el herraje de pesado bronce y tiró con fuerza... Respiró; estaba abierta. Bajó cada uno de los escalones de la escalera frontal en segundos y siguió caminando enérgica y resuelta, con temor a darse vuelta. Su acelerado corazón, de a poco comenzó a encauzarse después de cruzar a unos ruidosos muchachos que acababan de salir de la escuela. Sacó de su bolsillo el mp3 y con las manos aún temblorosas, lo encendió y habló sobre el micrófono, tratando de recordar cada detalle de lo que acababa de vivir; sintiendo como si aún algo la aprisionara.

*_*_*_*

Ya eran más de las seis de la tarde y estaba casi segura que en la oficina no habría nadie; habitualmente el último en retirarse lo hacía a más tardar a las cinco y media y siendo viernes seguramente lo haría más temprano que de costumbre. Decidió entonces pasar por la redacción antes de ir a su casa. Quería revisar el material sustraído, estudiarlo, ordenarlo cronológicamente, si es que podía, y encontrar una relación entre aquellas mujeres: la del llamado, la misteriosa con la que se había cruzado en el hall, "la" *Leandra* que firmaba las pinturas y las que aparecían violentadas en las fotos.

Pero también estaba la persona que ella había reconocido retratada en esas escenas tan despreciables como atrapantes.

Tenía que lograr esa conexión.

*_*_*_*

Llegó a su destino poco antes de las siete de la tarde. Después de asegurarse de que no quedaba ninguno de sus colegas, despejó lo mejor que pudo el espacio de trabajo y esparció todo el contenido de su bolso sobre el escritorio. Su espíritu inquieto, clave en la profesión de periodista de investigación, la hacía debatir entre el placer por una historia que podía catapultarla a un Pulitzer y la indignación que, como mujer, sentía al ver esas fotografías.

Con mucho esfuerzo fue ordenándolas como a las piezas de un rompecabezas; lo que al principio le había parecido más de un centenar de imágenes, resultaron en unas pocas decenas y las diferentes mujeres terminaron siendo tan sólo cuatro. Cuatro – pensó – como las cuatro muestras artísticas del San Martín.

Movió el mouse y su PC le pidió la clave para ingresar. Repasó su grabación. "Leandra...", sonó en sus oídos. Ese era el nombre de la mujer que firmaba las pinturas y se preguntó por el significado del nombre. Le sonaba a pseudónimo más que a un nombre real. Googleó su significado; nada le parecía relevante hasta que... ahí estaba: *derivado del griego, que sufre y es paciente*. Siguió desgrabando y escuchó que su propia voz registraba en el mp3 un detalle que había olvidado: las esculturas sobre las plataformas de vidrio, las formas realizadas en tules de color y las fotografías que ahora tenía ante sus ojos también tenían firma: **Justina**, *la que hace justicia*, **Némesis**, *diosa griega de la venganza* y por último **Hibris**, *en la Antigua Grecia aludía a un desprecio hacia el espacio personal ajeno unido a la falta de control sobre los propios impulsos, siendo un sentimiento violento inspirado por las pasiones exageradas*.

Antes de comenzar a escribir su informe, decidió cambiar el protector de pantalla y reemplazarlo por una imagen de Medusa, en obvia alusión a su nueva investigación y por supuesto, al poder de la diosa griega que convertía en piedra a quien se atreviera a mirarla a los ojos. El relato mitológico era mucho más oscuro aún narrando la violación a la que fue sometida por parte de Poseidón, quien deslumbrado con su belleza, la condenó eternamente a la perversidad de los *sin alma*. Si. La imagen era la más apropiada para representar el misterio y lo despreciable del caso que ahora la atrapaba; una Medusa que desplegaba su cabellera serpentina y se metamorfoseaba, hipnotizando a cualquiera que osara mirar la pantalla.

Escribió parte de la crónica. Lo que recordaba y lo que sus grabaciones le permitieron. No mucho más. Mientras lo hacía sentía escalofríos recorriendo cada parte de su cuerpo. Tendría que seguir investigando para poder obtener un informe profesional, aunque para una primera versión no estaba nada mal; pero Adela era consciente que debía ser expeditiva porque el caso merecía además una denuncia urgente. Era evidente que ese llamado había sido un grito de desesperación. Aquella mujer quería dejar al descubierto, de alguna manera, tanta monstruosidad desplegada y soportada en el más absoluto silencio. Necesitaba hacer algo, escribir pero también denunciar y para eso era imperante encontrar a la mujer que la había llamado y que, estaba convencida, era la misma que se le había escurrido en la sala de exhibiciones. Comenzó a desesperarse. Tranquila -se dijo- seguro llamará nuevamente. De repente recapacitó y cayó en la cuenta de que también estaba en juego su propia integridad.

Miró nuevamente el reloj y se percató de que eran más de las ocho; tarde, muy tarde, demasiado. Recogió todo el material, lo guardó cuidadosamente en su bolso y asegurándose de dejar todo en su lugar, con toda la evidencia en su poder, se retiró de la oficina y emprendió el camino a casa. Debía pensar con claridad cómo llevar adelante una

investigación que la tocaba tan de cerca.

3

Un viernes demasiado largo - Tomás

El reloj en la pared marcaba la una de la tarde y Tomás trabajaba en su despacho. Era viernes, último día de la semana si, pero él quería dejar todo preparado para el número que estaría en la calle el martes siguiente y así tomarse una merecida licencia con la tranquilidad del deber cumplido, por lo que había decidido quedarse escribiendo más allá de su horario si fuese necesario. Escuchó un celular sonar varias veces sin que nadie lo atendiera y eso lo desconcentró. Entreabrió la persiana de estilo americano que lo separaba de la redacción general; quería ver de quién era el teléfono no correspondido, pero al punto alcanzó a ver a Adela llevarse el celular a la oreja, sin dejar de advertir su cara de desconcierto mientras hablaba. Más tranquilo sin el molesto ringtone, siguió escribiendo un poco más y una hora después alcanzó a escuchar un "ya vuelvo" que nadie contestó. Siempre estaba atento a todo lo que hacía y escribía ella; eran muy buenos amigos a pesar de ser su jefe y también a pesar de sus sentimientos. Le hubiese gustado que Adela lo sintiera de otra manera pero se conformaba, cada vez menos, con que fueran solo colegas que compartían la pasión por la escritura.

Tomás, además de ser el jefe de redacción, se dedicaba a la columna editorial de la revista y, como la semana próxima se llevaría adelante una nueva marcha a favor de la "no violencia hacia las mujeres", había decidido escribir sobre la multitudinaria convocatoria. Ese sería el tema de su editorial, una reflexión en torno a los derechos conseguidos y a la lucha por los que quedaban aún pendientes, sobre el papel de la política en esa temática y también, por qué no, sobre el grito silencioso de hombres que no pueden controlar su ira, a sabiendas del daño que provocan; un enfoque diferente -pensó Tomás- sobre una problemática que cada vez se hacía más visible.

Mientras hacía unos cuantos llamados y anotaba datos en su libreta, investigaba en la notebook antecedentes de la lucha de mujeres de todos los tiempos y de hombres condenados, más que por la Justicia, por su propia historia. Las horas transcurrían como si fueran minutos. Con todo el material recopilado abrió un archivo nuevo en su procesador y se dispuso a escribir. Grabó el título y dio rienda suelta a su creatividad periodística.

Uno a uno, los demás redactores iban terminando su tarea y se despedían hasta el lunes. Él seguía con su cabeza metida detrás del monitor sin percatarse de ese movimiento. Escribía desenfrenado, casi sin pausa,

como poseso.

Como era invierno, a las seis de la tarde la oscuridad ya había ganado la calle y la redacción había quedado en el más absoluto silencio, pero Tomás seguía escribiendo, alumbrándose solo con la luz del monitor. Las persianas americanas habían permanecido cerradas durante toda la tarde, para evitar ser molestado, por lo que nadie se percató que él seguía ahí.

Alrededor de las seis y media escuchó que alguien entraba a la oficina. Era Adela. ¿Pero no se había retirado ya? ¿Recién había regresado después del “ya vuelvo” que había retenido en sus oídos? – reflexionó. Se dio cuenta que ella no había advertido su presencia y decidió callar para evitarla. Bajó la tapa de su ordenador personal para que la luz no lo delatara y comenzó a observarla. Vio cómo desplegaba algunos objetos sobre el escritorio, se colocaba el audífono conectado a su mp3 y escribía en su computadora; de vez en cuando hacía gatillar su bolígrafo retráctil varias veces seguidas, en un gesto de clara intranquilidad. Una hora después la vio juntar todas sus cosas y mirar nerviosamente a su alrededor, como buscando a un posible observador. Tomás se creyó descubierto e instintivamente se alejó unos pasos hacia atrás para no levantar sospechas. Escuchó el ruido de la llave que cerraba la puerta y se relajó. Tras unos minutos de silencio se atrevió a salir de su despacho, y con su editorial a medio terminar pensó en irse a casa después de hacer su recorrida habitual. Lo que vino después despertaría la furia de Adela.

4

FIN DE SEMANA – Vicisitudes de Adela

Quedaba demasiado poco tiempo para que el próximo ejemplar saliera a la calle, así que después de su visita al palacio San Martín, Adela tenía dos caminos: recabar las pruebas suficientes y hacer un informe bien completo en el que, tal vez, hasta su enigmática fuente se atreviera a dar testimonio – claro está, si la encontraba -, o acelerar los tiempos, hacer una investigación parcial con el material que tenía y esperar a que la crónica hiciera lo suyo: atraer, sin buscarla, a la mujer que había puesto ese hierro caliente en sus manos. Evaluó riesgos y se animó a la segunda opción.

Durante todo el fin de semana, lejos de descansar, como la mayoría de sus compañeros, se puso a trabajar. Era soltera, vivía sola y no tenía a nadie a quien dedicarle su tiempo, a excepción de su gato Fidel, un flacucho de pelaje gris atigrado que había recogido de la calle. Por otro lado, su propia ansiedad le ganaba la partida, por lo que la decisión resultó fácil de tomar.

El mismo viernes en el que había sido convocada a la muestra del Centro Cultural, después de la oficina llegó a su casa, se preparó un par de

sandwichs y los devoró con un vaso de agua baja en sodio. No fumaba y la noche se presentaba para juntarse con la mañana siguiente, así que preparó una jarra grande de café y puso manos a la obra. No sabía muy bien por dónde ir. Garabateó una lista de tareas en orden caprichoso y empezó.

Limpio la pequeña mesa de múltiples usos y volvió a esparcir las fotografías que había robado, tratando de encontrar algún detalle que hubiese pasado por alto; ver a Tomás retratado en esas escenas le provocaba escalofríos. Habían sido compañeros de trabajo desde que él la había entrevistado hacía ya más de nueve años y nunca había percibido nada extraño, por lo menos nada más allá de unas cuantas insinuaciones e invitaciones que ella siempre se las había ingeniado para rechazar sin herirlo.

Una por una fue pasándolas sin poder dar crédito a lo que sus ojos le revelaban. De repente, se percató de que alguien debía haber capturando esas imágenes o que, tal vez, habían configurado la cámara deliberadamente en automático. Volvió a escuchar su voz en el mp3 y googleó algunas cosas más, ya no los nombres griegos de las firmas, sino antecedentes sobre formas de violencia contra la mujer: acoso laboral y sexual, discriminación, sometimiento, amenaza, acceso carnal no consentido... La lista era mucho más larga de lo que había imaginado. Mientras leía las definiciones se sorprendió al notar que una mujer puede estar siendo violentada de mil maneras sin saberlo y se preguntó si, acaso ella misma, era una víctima de Tomás y por qué aquella mujer la había elegido a ella y no a alguien más. Empezaba a cerrar el círculo. Adela era periodista y fotógrafa, especializada en crónicas sociales, compañera de Tomás y... mujer. Faltaba descubrir el objetivo de su informante: ¿denuncia o advertencia? Como fuera, tenía fe en descubrirlo después de que su crónica estuviera en la calle. La licencia de su jefe y amigo le venía como anillo al dedo ya que su informe no pasaría por su pre-aprobación antes de ser publicado, aunque a esas alturas empezaba a dudar de que todo fuera mera casualidad.

*_*_*_*

Las siete de la mañana. Afuera aún estaba oscuro y la temperatura se percibía por debajo del cero. Fidel abandonó su cómodo sillón y comenzó a rascar la puerta para salir al balcón. Adela le abrió y en ese momento comenzó a buscar su celular; lo había olvidado en la oficina. Maldijo en voz alta. La mujer podría haber llamado nuevamente y ella haber perdido la oportunidad de saber más.

– Tendré que ir mañana a buscarlo... ¡Hoy! – cayó en cuenta.

Estaba agotada. Se recostó en el sofá y por las dudas puso el despertador para que sonara a las diez. Necesitaba descansar un poco para pensar

mejor.

Odiaba los ruidos estridentes, incluso el del despertador, así que inconscientemente despertó un minuto antes de lo programado. Se dio una ducha, se abrigó, hizo entrar al gato y salió en busca de su móvil, sin la más mínima sospecha sobre el escenario con el que se encontraría.

Buen día, raro usted por aquí en día sábado – la recibió el encargado del edificio.

Olvidé mi celular – dijo Adela – Subo y salgo enseguida.

Tan indispensable como el agua - bromeó el portero.

Los veinticinco escalones que la separaban del primer piso le parecieron interminables. Su agitada respiración la hizo reflexionar sobre que era tiempo de empezar con alguna rutina de gimnasio y tras recorrer los siguientes cinco metros, entró a la desolada oficina y fue derecho al escritorio. Todas sus pertenencias estaban revueltas, fuera de lugar. La pantalla, aún prendida, mostraba una seductora Medusa que parecía dominar a su antojo su propio computador. Adela empezó a desesperarse; movió el mouse y se dio cuenta que no necesitaba clave para ingresar; había olvidado generarla cuando hizo el cambio de imagen. Muchos de sus archivos mostraban signos de haber sido revisados y otros ni siquiera los encontraba. Los cajones también mostraban evidencia de haber sido escrutados. Atormentada y al borde de un ataque de pánico tomó su teléfono y se retiró sin tocar nada más. Ya en el pasillo, escrutó el visor del celular. No había ninguna llamada perdida. Buscó al encargado.

¿Vio a alguien más entrar a la oficina fuera de horario? – le preguntó.

No señorita Adela. Por lo menos no entre las ocho y las diez de la noche y tampoco esta mañana.

Que tenga un buen día y hasta el lunes.

Que tenga un buen fin de semana señorita.

“Seguro”, pensó furiosa Adela, y emprendió el regreso a su casa.

Con el celular en el bolso se vio tentada en llamar a Tomás para preguntarle; luego recordó que era él el hombre en la fotografía.

El resto del fin de semana trabajó con una vehemencia que parecía buscar adelantar la llegada del lunes para aclarar el desagravio al que había sido sometida. Por momentos se vio reflejada en un caso más de violencia

sobre los que había estado investigando y se enfureció aún más.

5

LUNES – Verdades “reveladas”

El lunes, más temprano que de costumbre e invadida por una mezcla de indignación y ansiedad, tomó un baño, se vistió con ropa formal, arregló sus cabellos recogiéndolos con un broche y, asegurándose tener su crónica en el bolso, salió decidida a aclarar la situación. Probablemente Tomás no estaría; ese lunes comenzaba su licencia, pero quedaría alguien más a cargo de la redacción. No podía esperar a su regreso.

Cuando abrió la puerta y encontró al hombre de su investigación, sentado tras su escritorio, como si estuviese esperándola, no pudo disimular su sorpresa y sintió erizarse el bello de los brazos bajo su ropa. Se sobrepuso, tomó aire, habló y escuchó.

De repente, su mirada se fugó en algún punto y en su cabeza se proyectó, en sólo un instante, todo el fin de semana que acababa de vivir. Se quedó callada y trató de disimular. Tenía claro que no podía despertar la sospecha de Tomás; tal vez ni siquiera había llegado a leer algo importante en su disco rígido.

Ya está – dijo Adela con una voz firme y de tono elevado – No importa. Te agradezco la sinceridad, aunque la próxima vez, podrías medir un poco más las consecuencias, sabes que no hay nada peor para mí que se metan con mi trabajo y, más aún sin mi consentimiento. Lo voy a tomar como un acto casual y espero me pidas disculpas – Y como quitándole trascendencia a lo sucedido, preguntó - ¿No comenzabas tu licencia hoy?

Tienes razón. Discúlpame. No sé qué tonta idea pasó por mi cabeza. No volverá a suceder, te lo prometo.

“No volverá a suceder, te lo prometo”. A Adela le sonaba esa frase, repetida hasta el infinito en los testimonios sobre los que había estado investigando.

¿Mi licencia?.. Si; la estoy tomando en este preciso momento. Vine solo a aclarar este asunto porque sentí que merecías una explicación. Y a propósito, y solo si deseas contarme, ¿qué significa esa imagen que pusiste como protector? Es tan repugnante como atractiva...

– Nada – improvisó Adela - la encontré sin querer, me gustó y la puse ahí – Dio media vuelta apurada para dar por terminada la conversación y agregó – No puedo creer que una simple imagen haya despertado tu tonta osadía – y esforzándose por dibujar una sonrisa en su cara, salió del

recinto.

Ordenó sus pertenencias, acomodó nuevamente sus cajones y puso clave a su descanso, no podía volver a dejar a la intemperie el trabajo de casi diez años. Revisó por enésima vez su crónica y a las once en punto la llevó a *armado* para que evaluaran y definieran en qué página la publicarían. Ahora sólo quedaba esperar la reacción de los lectores.

Tomás ya había entregado su editorial.

6

MARTES – Liberación

Eran las ocho del martes y el sol se asomaba aún tímido. Adela dejó que la cafetera automática preparara café fresco mientras bajaba al kiosco de revistas para buscar el nuevo ejemplar. En una pila aún precintada, Medusa la miraba con cierta complicidad. No podía creerlo, su crónica había sido seleccionada como nota de tapa. En otra oportunidad hubiera esperado a llegar a la oficina para leer, pero con esta edición no pudo controlarse. Le pagó a su vecino y camino al departamento, comenzó a hojear la revista en un azaroso ida y vuelta de páginas que sus dedos sostenían arqueadas. Al fin encontró su crónica. Los diseñadores habían hecho un trabajo impecable y los correctores no habían modificado ni una sola línea. Ahora solo debía esperar a que su celular sonara y dejara escuchar la misma voz del último viernes. Tenía muchas cosas que preguntar. Mientras tanto, leería el resto. Se sentó junto a la estufa y dejó para lo último la nota editorial.

*_*_*_*_*

PEDIR AYUDA TAMBIEN ES COSA DE HOMBRES

"No hay nada peor que alguien te tenga miedo; eso es esclavizante. Frente al reflejo de sus propias inseguridades, muchos hombres se sienten abrumados por las exigencias de una sociedad esencialmente machista, que todavía sostiene en su imaginario, una figura masculina fuerte y empoderada frente a la mujer y que, ante el fenómeno de la violencia de género, apunta a buscar la solución mirando siempre para un solo lado: la víctima.

Esta afirmación no busca de ninguna manera justificar los bestiales actos a los que infinidad de mujeres son sometidas, sino darle un enfoque más abarcativo, que vaya a las raíces del problema y contemple también al agresor...

Así comenzaba el editorial de su jefe. Adela no podía creer lo que estaba leyendo y mientras lo hacía, se preguntaba si efectivamente Tomás había

descubierto parte de su crónica aquella noche del viernes, o si simplemente, el contenido de lo que ahora tenía ante sus ojos era la causa de todo lo que había vivido el último fin de semana. No podía haber tanta coincidencia con lo que ella había vivido; excepto por el enfoque que Tomás le había dado al tema: un asomar al sufrimiento silencioso de los agresores, sobre todo de aquellos que son conscientes de su incontrolable ira.

Devoraba su lectura como queriendo conocer el fatal desenlace de una novela cuando, el timbre de su celular la sobresaltó irrumpiendo en la calma del silencioso departamento. Lo buscó junto a ella, sobre el sillón y nerviosamente deseó que por fin fuera la llamada que esperaba. Deslizó su índice sobre la pantalla y dejó oír un tímido "¿hola?".

Esta vez, la voz del otro lado sonó decidida.

Hola. Es urgente que nos encontremos para hablar personalmente. ¿Le parece bien a las dieciocho, en el bar Argot?

Adela quedó paralizada por un instante que, a su entusiasmo, le pareció una eternidad; impostó la voz como lo hacía frente a un micrófono y por fin pudo decir:

Si claro.

¿Conoce la dirección?

Por supuesto. Ahí estaré puntual.

La mujer del otro lado colgó sin más, como si alguien la estuviera apurando.

Las siguientes diez horas le resultaron interminables.

*_*_*

A las seis en punto, ya estaba sentada en una mesa ubicada junto al ventanal y mientras miraba el incesante ir y venir de la muchedumbre en la calle, su anónima cita ingresaba por la puerta del Argot. De anteojos oscuros, aunque el sol ya no dañaba y el mismo abrigo que llevaba la tarde del viernes, Adela pudo reconocerla. La mujer se sentó temerosa frente a ella y rompió el silencio.

Ante todo gracias. Su trabajo, como siempre fue impecable. Disculpe tanta intriga. Mi nombre es Laura y como podrá darse cuenta no soy ninguna de las mujeres que aparecen en las fotografías que usted se llevó del Centro Cultural. – Adela quiso interrumpirla para disculparse por la situación a la que hacía referencia. – No, no. Despreocúpese, yo tengo

otra copia y además no soy la única.

Atenta a lo que su interlocutora decía, encontró un hueco de silencio y preguntó:

¿De qué se trata todo esto, más allá de la evidente participación de mi jefe? ¿Son reales las escenas? ¿Quiénes son esas mujeres y cómo llegaron a esa situación? – Hizo una pausa. Se dio cuenta de que no daba lugar a una respuesta.

Tranquila. Le diré todo lo que necesita saber. Lo importante es que su participación sirva, por fin, para llevar esta situación a buen término para todos. Pidamos algo caliente. ¿Grabará nuestra conversación? – Adela la miraba con los ojos bien abiertos.

Si. Por supuesto – llamó al mozo, pidió dos cortados y encendió su mp3.

Soy fotógrafa como usted, pero la palabra no es mi fuerte - comenzó Laura -. Conozco a Tomás desde hace mucho tiempo por cuestiones ligadas a nuestra profesión. A él siempre le gustó mi discreción, así que un día, hace ya casi un año, me llamó para encomendarme un trabajo. Me dijo que necesitaba que conectara en diferentes habitaciones de su casa algunas cámaras y me asegurase que estuviesen conectadas a un equipo de monitoreo remoto. No era una situación del todo normal, pero yo solía hacer ese tipo de tareas, aunque para otros clientes. Sin preguntar demasiado, hice lo que me pedía y conecté todo a un equipo instalado en mi propio laboratorio, al que él mismo le puso clave de acceso. Me dijo que esperara su llamado y que pagaría mis honorarios mensualmente. Los depósitos llegaban rigurosamente a mi cuenta bancaria pero nunca su llamado, hasta que hace un par de semanas me mandó un mail en el que me pedía por favor, casi desesperado, que comenzara a imprimir el material registrado por las cámaras. Me reveló la clave de acceso y me advirtió sobre la violencia de las imágenes. También planeó todo lo demás: la organización de la muestra del Palacio San Martín, que resultó oportuna en la semana en la que se conmemora el Día Internacional de la Mujer Violentada; el contacto con artistas del pincel y la escultura; la reserva de la sala cuarta, donde me hizo exhibir las fotos que usted ya sabe y, por supuesto, el llamado que la sorprendió el viernes pasado.

Adela interrumpió el relato y observó – ¿Quiere decir que Tomás sabía de mis movimientos y sobre qué escribiría?..

La conoce demasiado... Además, me pidió que la citara hoy aquí para que le cuente su historia. Me pidió reserva y se anticipó a todo lo que pudiera desencadenar mi descubrimiento, inclusive me proporcionó los números telefónicos de sus víctimas. No niego que dudé en ir a la policía pero, lo

que voy a contarle ahora, mereció mi silencio y hasta mi respeto hacia él.

Adela casi ni respiraba. Parecía estar escuchando la trama siniestra de una película de terror. Cruzó sus antebrazos sobre la mesa y se inclinó levemente hacia adelante como queriendo escuchar mejor.

Luego de haber impreso las fotos, obviamente lo llamé por teléfono y nos juntamos aquí mismo. Entre café y café me fue revelando su verdad y su propósito. Tomás fue violentado durante toda su vida de casi todas las formas posibles. Fue golpeado, vio a su padre lastimar reiteradamente a su madre y escuchó a ella negar esa realidad, vivió entre violentos y aprendió a defenderse como pudo. Ante este flagelo, se juró infinitas veces sobreponerse a todo y luchó mucho para lograrlo: estudió, se aferró a la palabra escrita y a la comunicación, se sometió a diferentes tratamientos y participó de los escasos programas terapéuticos que tratan a hombres con su problema, aunque a juzgar por lo que tanto a usted como a mí se nos ha revelado, todo su esfuerzo no ha alcanzado para desactivar los mecanismos del enojo, de la agresión seguida por el arrepentimiento y de la desigualdad de género en su aspecto más feroz. Por eso acudió a mí aquel día, consciente de que lo que hace es de todas formas repudiable y que no puede controlarlo por sí mismo; con una infinita culpa que lo carcome por dentro, ideó su propio escape en el que, usted y yo, lo asistimos sin saberlo.

Después de cada episodio violento en el que una mujer resultaba obviamente lastimada, esperaba que su víctima lo denunciara, para detenerlo, para sacarlo de su propio calvario. Lejos de sus expectativas, nada de eso ocurría, pero él se convencía de que cada una sería la última y seguía sin levantar el teléfono. Finalmente se decidió y, llorando como un niño desprotegido, me pidió que revisara lo que mis cámaras habían captado. Él necesita de nosotras para sacarlo de su tormento. Quiere que usted misma lo denuncie antes de que se convierta en su próxima víctima.

Adela no podía procesar todo lo que estaba escuchando, no parecía que se tratara del hombre con el que ella compartía casi todos los días de su vida y tras unos segundos, reaccionó a lo último que su interlocutora había sentenciado: "... su próxima víctima"

¿Qué ha dicho? ¿Cómo que su próxima víctima? ¿Qué es lo que quiere decir?..

Si, Adela. No creo que a usted le haya pasado inadvertido que Tomás siente algo más que una admiración profesional por usted. Él me ha hecho saber que sus reiterados rechazos a sus invitaciones lo han ido incomodando cada vez más y sabe de su propia falta de control. La quiere demasiado para dañarla, por eso ha hecho todo esto. Para que sea usted misma quien lo denuncie y lo ayude. Además me pidió que le transmita su

deseo de que también sea usted quien se ponga al frente de algún proyecto que concrete, en un futuro lo más cercano posible, un verdadero Programa de Asistencia a Hombres Agresores, con perspectiva de género pero también de derechos humanos. Él tiene una mirada muy comprometida sobre la violencia desmesurada hacia las mujeres, pero al mismo tiempo muy particular, está seguro que no es el único hombre consciente de esto y que existe una salida para el violento; así lo ha dejado traslucir en su nota editorial; a propósito... ¿la ha leído?

Si. Por supuesto. Pero... - Adela hizo una pausa, como reacomodando las piezas de un rompecabezas - ¿Dónde está Tomás ahora? Él está de licencia y supongo que no es casual.

Claro que no es casual. Él aguarda. Aguarda paciente a que usted tome la iniciativa que sus víctimas no pudieron y, resignado, espera también la llegada de su castigo.

Adela se quedó en silencio. Tenía demasiado que entender. Mientras, observó que Laura sacaba algo de su bolso y dejando el dinero para pagar la cuenta sobre la mesa le dijo - En este sobre encontrará todo lo que necesita. No podemos dejarlo solo. Es nuestro amigo, ¿verdad? - Y sin más, se levantó, tomó su abrigo y se alejó del lugar.

*_*_*_*

Las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos, interrumpiendo la calma del barrio capitalino. La hora del día era propicia para que se dejaran oír claramente. A las siete de la mañana, Tomás estaba listo. Unos pocos minutos después, un resplandor azul y el golpe seco de un puño sobre la puerta lo alertaba para que se entregara. Sin vacilar, se levantó de la silla y abrió la puerta para ceder sin la más mínima resistencia.

Los testimonios de las cuatro mujeres retratadas, las pruebas gráficas y las declaraciones de Laura fueron más que suficientes para tomar como ciertos los relatos de Adela y del propio agresor.

*_*_*_*

El primer lunes de agosto, el Parlamento comenzaba a tratar un nuevo proyecto de ley sobre violencia de género, ahora poniendo la mirada sobre todos los protagonistas de este flagelo que detona en una de las peores pesadillas.

Adela sigue trabajando para la revista Revelaciones, sin un Pulitzer pero con un reconocimiento íntimo que la alienta a participar, con el mismo orgullo, de una nueva iniciativa, dedicada a recibir a diario denuncias de mujeres que se atreven cada vez más a hablar, pero también de hombres que, por fin, encuentran un espacio para ser escuchados y ayudados en su

desesperación.

Y mientras espera el final de la condena y la aprobación de un nuevo programa de asistencia al violento, el primer martes de cada mes, cumple con su rigurosa visita al penitenciario de las afueras de la ciudad, hojea con su amigo las notas del nuevo ejemplar y debaten juntos sobre el contenido de su actual columna: "Medusa, un estigma que acorrala".